
ODA AL GENIO. (1)

¡Siento divina inspiración y siento
Ponerse en movimiento
Un oculto poder que Dios me diera:
Mi humilde ser se exalta y enaltece,
Mi mente se estremece,
Y á divagar se lanza á ignota esfera.

¿ Quien es aquel que mi cantar inspira,
Que aliento da á mi lira
Y eleva mi alma á la región del cielo !
¿ Quién es aquel que mi pensar desata,
Cual rauda catarata,
Y da á mi mente gigantesco vuelo ?

¡ Si eres el Dios á quien sumiso adoro,
Y á quien yo siempre imploro,
Habla y tu voz conoceré Dios mio,
Mas si me impele la virtud de un hombre,

[1] Llamamos la atención del corresponsal de "El Telegrama" sobre la diferencia entre este esnayo literario y los serventesios de D. José de Marmol, á que alude en una de sus correspondencias.

Diga el mortal su nombre
Y acataré también su poderío.

No le distingo ni sus formas veo,
Es vano mi deseo,
Mas, si no es Dios, es algo tan profundo,
Como un destello de su mente pura,
Un astro que fulgura,
Iluminando la mitad de un mundo.

Un genio, . . .ese algo indefinible, oscuro,
Incomprensible, puro,
Algo que idea del arcano implica,
Tiene en el hombre su inmortal imperio,
Imagen del misterio,
Que existe si, pero jamás se explica.

La inspiración y el Genio son hermanos
Divinos, sobrehumanos,
Y así cual rayos que del sol ardiente,
Nacen hermosos, como aquel, brillantes,
Gemelos semejantes,
Juntos dimanar de la eterna mente.

El es! él es ! La prepotente diestra
Su poderío muestra
Cuando á la tierra bienhechor lo lanza,
Como un trasunto del portento mismo,
El reina en el abismo,
Y hasta el empuje denodado avanza.

¡El es ! lo miro, su vigor, su ceño,
Su incontrastable empeño
Anuncian que algo de grandioso emprende.
La ingratitud su noble empeño excruta,
Se opone, lo disputa
Y lo veja, lo insulta y desatiende.

Mas ¡ay! la ciega humanidad ignora
La joya que atesora.
Un genio!. . .un genio solo Dios envía,
Cuando un designio de su mente clara
Un grande fin prepara:
La venida de un genio es profecía.

Y cual profeta por misión divina,
Predice y vaticina,
Nada hay que al genio se presente oscuro.
Todo lo mira, lo escudriña y sabe,
Bajo su imperio cabe
El pasado, el presente y lo futuro.

Pero vestido de humanal mortaja
Que su poder rebaja,
Le persigue el dolor, mas no le abate:
Como un proscrito del paraíso, suda
Pelea con la duda,
I con la incauta humanidad combate.

El és. . . errante, peregrino y solo,
Ignoto como el polo,
Vaga arrastrado de misión sublime,
Ve su designio, su infortunio crece,
En tanto se entristece
I su soñada aspiración reprime.

Mas nada importa, su titanio brío
Adquiere poderío,
I marcha altivo con valor gigante,
Resuelto, firme, incontenible avanza,
Ve el fin de su esperanza:
Nada hay que al genio de invencible espante.

Él es ! él es ! el genio á quien, yo canto,
El misionero santo !
¿ I á donde va que ni un momento tarda ?
El va á domar las iras del océano,
Con atrevida mano.,
; Él es Colón, América le aguarda !

En qué medita con su faz tan mustia ?
¿ Qué sin igual angustia,
Le hiere y mata cual hambriento lobo ?
Es que su horrible batallar descubre
Lo que el oceano cubre,-
Miran tan sólo la mitad del globo.

Mas el momento de luchar supremo,
En que con frágil remo,
Rompa las ondas con airoso embate

Ne llega aun, que el infortunio inmenso,
Mirándole indefenso,
Ya le prepara sin igual combate.

I en él, oh! genio tu serás mendigo;
Tu compañero amigo
Será el dolor, ese dolor nefando,
Que sólo hiera y en herir se goza.
Que invade y que destroza,
Y ¡ay! hasta cuando luchará, hasta cuando ?

Lejos, ya lejos de su hogar tranquilo,
Sin pan y sin asilo,
Sólo á su grande creación alerta,
Sin que ninguna protección consiga
De sed y de fatiga,
Toca de un claustro la cerrada puerta.

Y allí no sólo su ansiedad aplaca,
De un monasterio saca,
Su ya seguro, ambicionado norte;
El monje que agua al peregrino diera,
Le ofrece ¡quien creyera !
También la mano de la Hispana corte.

Y así camina con seguro paso, . . .
Con invencible brazo
Lleva el emblema de la cruz bendita,
También manchada por la pobre raza,
Que un continente abraza,
Que allá en siniestra oscuridad dormita. . . .

Llega á la orilla de la mar furiosa,
La mira tempestuosa. . . .
Oye su ronco atronador acento,
Siente agitarse como el mar la idea,
Y abate y pisotea
Las borrascas del mar y el pensamiento.

Sentado yace en la funesta roca,
En donde el agua choca,
Arde su pecho cual candente fragua,
Con noble orgullo en el oceano impera,
¿Quién hay que no dijera
Que el aliento de Dios domina el agua?

Se hizo Colón á tan soñada vela
En pobre carabela,
Y allí juguete del oceano airado,
Nada le aterra ni le turba nada;
La lucha está empezada
Y el mar altivo en su furor domado.

Cien veces mueve su profundo seno;
Su ronca voz de trueno
Una y mil veces con fragor resuena,
Venganza y muerte contra el genio clama.
Con ímpetu rebrama.
Cual fiera ambrienta en eternal cadena. . . .

Días tras días sin hallar sendero,
Recorre el marinero.
La impía armada que con él camina
Llena de furia y de mortal congoja,
¡Oh triste paradoja!
Sentencia infame, contra aquel fulmina.

¡Cuánto de angustia y de pesar devora!
¡Talvez sucumbe ahora!
Mas él sereno su barquilla gufa,
Cual si arribara á conocido puerto.
¡El mar está desierto!
Y se aproxima el postrimero día.

Era una noche, mas, que noche ! Cielos !
En pago á sus desvelos,
Muerte va á darle la feroz canalla;
¡ Misterio, espanto, confusión, tristeza!
El tripulante reza
Y el cielo mismo misterioso calla.

La turba espera con crueldad avara
Que el genio al fin cejara
Porque en su pecho sed de sangre encierra
Sed de venganza ¡criminal deseo!
Mas se oye un clamoreo
¡Y tierra, todos, repétfan tierra!

Al fin cumpliósse tu dorado sueño,
De América eres dueño;
Después de tristes y terribles horas

¡ Oh Salve ! has puesto ya tu planta en ella,
Esta es tu virgen bella,
Todos lo saben aunque tú lo ignoras.

Pero ¡ oh ! contraste de la humana vida,
¡ Tan presto el bien se olvida !
Tú consagraste tu gigante hazaña
A la corona de ese país luciente;
Y á darle un continente,
Cautivo vuelves á tu cara España.

¡ Oh Salve ! genio creador, fecundo,
Es tuyo el nuevo mundo. . . .
Y si la España con ingrato encono
Desconociendo tu divino imperio,
Te lanza al cautiverio;
América levanta al genio un trono.

¡ Oh Salve, genio ! ya mi laud se apaga. . . .
Mí voz confusa y vaga
No llega, no, hasta tu excelsa gloria;
Tu cuerpo enciete la sagrada tumba,
Que aunque el mortal sucumba,
Guarda su nombre la viviente historia.

León B. Palacios.